

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL YO SUPERIOR Y EL SOL

24 de abril de 1942

Algunos dicen que han ido al sol. Es alegórico. Les he recomendado el ejercicio que consiste en que se imaginen instalados en el sol, nadando en su luz, y entonces observarse en la tierra, de forma un tanto burlona, diciéndose: "¡Buen día, Pierre! ¿Cómo estás?" Se establecerá de esa forma un vínculo extraordinario entre ustedes y el sol. Con frecuencia no consiguen hacer este ejercicio como es preciso y no reciben las bendiciones. Algunos seres superiores van al sol: los Grandes Maestros y sus discípulos. * (*Ver conferencia # 412: La Agarta*) Los discípulos son llevados por sus Maestros. Es una realización muy difícil que exige un desarrollo, una resistencia y una vigilancia intensas. Pero, a través del pensamiento, podemos al menos intentarlo. Es más fácil. Proyectando su pensamiento se imaginan que están en el sol. En realidad, nuestro Yo Superior, la chispa que Dios ha colocado en nosotros, se encuentra por cierto en el sol. Para encontrarla, hay que buscarla cada mañana allá arriba, en donde ella participa en el trabajo divino. Nosotros estamos unidos a Dios, pero no nos recordamos. ¿Por qué siempre los impulsamos a meditar, a orar? Precisamente para entrar en armonía con el Yo Superior. Cuando consiguen armonizar las vibraciones del yo terrestre con las del Yo Superior, nos atraviesan rayos luminosos. Vibramos como el Yo Superior, y todos sus conocimientos se reflejan en el cerebro del cuerpo físico. El éxtasis y la iluminación que se producen en ese momento en nosotros provienen del Yo Superior.

La cola debe volver a encontrar la cabeza. Cuando comencemos a cumplir la voluntad de Dios, cuando nuestra parte inferior vibre como la parte superior del ser, todo lo que se vive en la cabeza se reflejará en la cola, es decir en la personalidad. Nadarán en la alegría. Actualmente viven en el sufrimiento, porque la cola está tan alejada de la cabeza que no existe correspondencia alguna entre ellas. El cuerpo hace una cosa mientras que la cabeza piensa otra. En tales condiciones no podemos conocer el tesoro que

Dios ha depositado en nosotros, del cual no obstante somos los herederos. Esta herencia que Dios nos destina nosotros no la poseemos. ¿Por qué? A un niño no se le confía su herencia. Esperan a que tenga veintiún años. Un padre solo le manifiesta su confianza a su hijo cuando éste se pone a pensar como él, a actuar correctamente y a comportarse bien: "Ahora tú puedes recibir mis bienes".

Para vibrar en armonía con nosotros mismos, con nuestro Yo Superior que se encuentra en el sol, debemos a través de la meditación, la oración y la contemplación restablecer la unión entre nuestros dos "yoes". Poco a poco sentiremos en nuestra cabeza que se hace la claridad, que la comprensión se vuelve más profunda. Eso llega a nosotros como una pequeña migaja de la gran herencia que tenemos en el sol, que está hecha de amor, de sabiduría, de poder, todos ellos atributos de la divinidad.

Si el hombre se niega a armonizarse con la chispa que Dios ha colocado en él, éste no puede ni transformarse ni ser iluminado. El ejercicio que hacemos cada mañana, elevándonos hasta el sol a través del pensamiento, nos conduce a esta armonía. Les hablo de ello frecuentemente porque hay que decir y repetir que, sin acuerdo, sin armonización con el Yo Superior, no obtendrán su herencia. Insisto: si ustedes están una situación lamentable, si sus asuntos marchan mal, es porque no han pensado en Dios. No han hecho reservas, no han llenado sus sacos de aceite, de frutos, de verduras... Solo han rezado dos minutos. ¡Cuántas cosas maravillosas pueden llevar a cabo aquellos que saben unirse durante mucho tiempo y profundamente a Dios! Ellos han comprendido el secreto más grande, el de la unión. Nadie ha ido físicamente al sol. El cuerpo físico no soportaría las vibraciones del sol. Es por ello por lo que estamos a una distancia tan grande de él. Eso ha sido determinado por el Creador. Para ir al sol es preciso vibrar como Dios. Cuando el cuerpo físico se vuelva un día luminoso y sutil, cuando esté constituido de materia extremadamente pura, podrán dejarlo viajar con el cuerpo espiritual al sol. El sol acepta la visita de cuerpos perfectamente puros. Actualmente el cuerpo físico es tan impuro que el sol no le permite acercarse. Así pues, nadie todavía ha ido con su cuerpo físico al sol. Van con otro cuerpo, el cuerpo espiritual. Muchos lo han hecho, para explorar y conocer el sol, y a su regreso han contado lo que aprendieron.

En el libro "La Iniciación", Sédír cuenta que los grandes Maestros, en la India, se unían en la meditación, hacían respiraciones y pronunciaban fórmulas mágicas, rodeando a uno de ellos, que estaba acostado en un cofre

hecho de un metal especial desconocido por los químicos. Procedían a una larga preparación y después enviaban a su compañero al sol. Para esta experiencia, ellos elegían un templo situado en un lugar propicio, lejos de toda corriente nociva, ayunaban, en sus cuerpos, en sus corazones y en sus pensamientos. El candidato al viaje desaparecía en el espacio y, allí a dónde iba, estudiaba realidades y leyes que sobrepasan nuestra imaginación. Es así como los Grandes Maestros espirituales conocen misterios muy lejanos. Han ido a ver in situ. ¿Podían equivocarse en sus observaciones y en los reportes que hacían? Otros partían para verificar todas las cosas. Era una ciencia exacta. ¡Occidente está tan alejado de estos conocimientos! Para viajar en el espacio, hay que abandonar todo temor, es preciso conocer los dos caminos, el de la ida y el del regreso. Es muy difícil.

Los hombres actuales tienen necesidad de una comprensión nueva, de una moral completamente nueva y deben establecer relaciones diferentes en tres planos: con ellos mismos, con su prójimo, con Dios. En primer lugar, con ellos mismos. Si no saben comportarse correctamente hacia sí mismos, para con los pequeños obreros que son las células del cuerpo, si no saben evitar la maldad, la violencia, la crueldad a este respecto, ¿cómo podrán conocer las leyes del comportamiento para con su prójimo? En la actualidad el hombre se tortura a sí mismo cada día.

¿Y por qué es tan importante unirse a Dios, pensar en Él? Dios seguramente no tiene necesidad de nuestros pensamientos. Es verdad, pero nosotros tenemos necesidad. Con el fin de alimentarse cada día, ustedes van desde la mañana al mercado, con sus bolsas de compras y sus monederos, encuentran numerosos productos, eligen los que les convienen, regresan a sus casas y los preparan para comerlos. No es el mercado el que viene a sus puertas y a sus cocinas. Si ustedes no lo hacen no comerán y morirán. Incluso si un vendedor viene enfrente de sus casas, al menos ustedes deben salir cerca de él. En el mercado espiritual, las mercaderías también están desplegadas y ustedes deben ir a buscarlas. Orar, meditar, contemplar es justamente eso: salen para ir de compras, y regresan con una bolsa de provisiones. Y en el mundo espiritual no hay frutos defectuosos ni verduras descompuestas que haría falta arrojar. Allí todo es puro. Es preciso que pensemos en Dios todos los días para unirnos a su poder y recibir de sus riquezas. Aquellos que no lo hacen se mantienen como hambrientos espirituales. Cada día tomen un ápice de luz, de fuerza y de vitalidad divinas. Al unirse cada día a Dios, con esta nueva comprensión, ustedes recibirán todo de lo que tienen necesidad y serán salvados. Créanme, todo está allí.

Todos ustedes conducen un carro. Van de viaje, y en un determinado momento se detienen porque ya no les queda gasolina. En ese momento se dirigen ante un vendedor de combustible que toma un tubo y lo adapta al tanque de sus vehículos para llenarlos. Sin gasolina el carro no funciona. Es simple, y todo el mundo lo sabe. Pero en el dominio de la vida interior no se ocupan de ello. Es necesario que exista una unión entre nosotros y Dios, entre nuestro yo inferior y nuestro Yo Superior. De lo contrario, ningún combustible nos llega de arriba. Unirse a Dios, incluso sin pedir nada, ¡es tan maravilloso! Si lo hacemos, alguien de allá arriba nos llena de vida y podemos continuar la ruta alegremente.

Es necesario unirse a Dios. ¡Hay que elevarse hasta el sol!

* * *

